



La Tradición Popular

No. 148

Ocaso de la alfarería en Santa Apolonia, Chimaltenango

Año 2004

Aracely Esquivel Vásquez



Esquivel Vásquez
2004



Universidad de San Carlos de Guatemala

Ocaso de la alfarería en Santa Apolonia, Chimaltenango

Aracely Esquivel Vásquez

Introducción

El presente trabajo pretende establecer el estado actual de la alfarería de Santa Apolonia, municipio del departamento de Chimaltenango. Dicha alfarería está en proceso de desaparición, debido a que sólo tres alfareras la elaboran actualmente. Dicha alfarería tiene su origen en el período prehispánico y ha llegado hasta nuestros días como una cerámica utilitaria y sólo una alfarera está actualmente tratando de producir estilos que puedan sustituir el uso utilitario obsoleto por formas que sean fáciles de vender en el mercado nacional. Razón que justifica este trabajo, aunque tardíamente, debido a que ahora, por las condiciones que se dan, es muy difícil poder salvar la tradición alfarera de Santa Apolonia.

elaboración de tejidos típicos de algodón, cerámica y muebles de madera.

Cuenta con los servicios públicos esenciales tales como: puesto de salud, correos y telégrafos, telefonía pública y celular, escuelas, agua potable, iglesia parroquial y evangélicas de diferentes denominaciones y servicio de buses extra urbanos. Sin embargo, no cuenta con un local para actividades de mercado y las transacciones se realizan en el mercado de Tecpán. Su fiesta titular se celebra del 7 al 10 de febrero y el día principal es el 9, en conmemoración de su patrona Santa Apolonia. Durante la fiesta titular, es costumbre presentar los bailes folklóricos La Conquista y de Toritos.

Descripción geográfica



Santa Apolonia, es municipio de 4ª. Categoría del departamento de Chimaltenango. Tiene una extensión territorial de 96 kilómetros cuadrados. Su altura promedio es de 2,310 metros sobre el nivel del mar y su clima es frío. Colinda al norte con el municipio de Joyabaj, departamento de Quiché, al este con los municipios de San José Poaquil y Comalapa, al sur y al oeste, con el municipio de Tecpán Guatemala, perteneciendo estos últimos al departamento de Chimaltenango.

El municipio cuenta, según los datos del XI Censo Nacional de Población y VI de Habitación de 2002, con 11,859 habitantes y 2,015 viviendas. El idioma predominante es el Kaqchikel. La cabecera municipal, Santa Apolonia, tiene categoría de pueblo, con 12 aldeas y 28 caseríos. Su producción agrícola se basa en el cultivo de maíz, trigo, habas, papas y legumbres y la artesanal, que consiste en la

Historia del pueblo



En el período posclásico, la región estaba bajo el dominio de los linajes gobernantes en Iximché, centro situado a unos 6.5 kilómetros al sur suroeste de la población actual de Santa Apolonia. Los kaqchikeles que habitaban esa región utilizaban las fuentes de barro existentes para producir una alfarería de uso doméstico. Probablemente, el poblado actual surgió como una reducción producto de la aplicación de las Leyes Nuevas de 1542, que ordenó la formación de los pueblos de indios, para el control y cristianización de sus habitantes y que se ejecutaron después de 1549. La presencia de la tradición alfarera de Santa Apolonia, durante la época colonial, destacó en todos los informes que, sobre la región, legaron los cronistas.

En un documento fechado 8 de junio de 1689, fray Francisco de Zuaza, hizo una descripción de

los conventos franciscanos. En lo referente al de Tecpán Guatemala, escribió: “tiene un pueblo de visita, cuyo titular es Santa Apolonia, que dista de la cabecera, poco más de una legua y tiene trescientas treinta personas de confesión, cuyo temperamento es frío, y sus indios alfareros en todo género de loza; hablan lengua cakchiquel” (Gall, 1983: 544). En la última década del siglo XVIII, refiere Gall (Op. Cit.), Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, anotó en la Recordación Florida, que Santa Apolonia, era pueblo anexo de Tecpán Guatemala “que yace a la distancia de una legua de el de la cabecera de la vicaría y convento guardián. Forma su vecindad de trescientos treinta indios tributarios. Son todos los indios de este lugar alfareros, con lo que y las sementeras de maíz, viven en acomodada granería. Asisten en el convento para administrar un y otro, cuatro religiosos, aprobados en suficiencia y lengua cakchiquel”. “Entre 1768 y 1770, el arzobispo Pedro Cortés y Larraz visitó su diócesis y llegó a la parroquia de Tecpán Guatemala e indicó que Santa Apolonia era anexo de su cabecera, distante tres leguas, con población de 100 familias o 500 personas aproximadamente”. Refiere el autor que, “el terreno de esta parroquia es muy fértil para maíces y trigo, que se coge en mucha abundancia, cogen también frijoles y frutas y hay algún ganado mayor y menor aunque poco.... Por lo que respecta a la política de los indios, me ha parecido poner aquí que en el pueblo de Santa Apolonia se trabaja mucha alfarería mayormente cántaros y tinajas; los hombres no tienen otro que hacer para esta obra que poner el barro en las casas, y todo lo demás lo trabajan las mujeres. Con dicho trabajo mantienen las familias de un todo de comida y vestido; cogen mucho maíz y trigo, porque tienen buenos campos, pero son reputados indios muy ricos y de mucho dinero. No lo manifiestan, porque andan mal vestidos y temo que lo esconden y se pierde”. (Cortés y Larraz, 1958: 173).

El censo del 31 de octubre de 1880, indicó que “su producción agrícola más notable era el trigo y maíz. La industria de los naturales consiste en la elaboración de cal y fabricación de ollas por las mujeres” (Gall, 1983: 545). Para 1955, el censo dio a conocer que, en la cabecera, vivían 406 habitantes y todo el municipio contaba con 2,809 personas, que formaban 456 familias, el porcentaje indígena era del 88.5%. Poseía servicio de agua potable. Carecía de atención médica y hospitalaria y no tenía servicio de electricidad. Había dos escuelas urbanas y 3 rurales mixtas. Como industrias “dignas de estímulo” se mencionó la elaboración de cal y fabricación de ollas de barro. Los cultivos eran maíz, trigo, habas, papas y legumbres. (Op. Cit: 545).

Como se puede observar, posterior a la conquista, una vez formado el pueblo de Santa Apolonia y durante todo el período colonial y republicano hasta mediados del siglo XX, la alfarería de Santa Apolonia, era un renglón importante de su economía elaborada por las mujeres del lugar.

En 1949 Charles Arrot, estudió la alfarería de Santa Apolonia y, al notar que en el mercado de Tecpán Guatemala destacaba por su calidad y por su técnica de producción, los artefactos de barro elaborados en esa población, le llamó a la técnica el “método masivo de hacer vasijas” (Arrot, 1979: 314). Arrot estudió los procesos de producción y la forma de preparación y secado del barro. Descubrió que se elaboraba sin torno y en forma tan precisa y uniforme que no podrían ser mejoradas ni con torno mecánico y consideró que, en ninguna parte de Guatemala, “las alfareras se esfuerzan tanto para hacer un buen trabajo como en Santa Apolonia”. También indicó que Guatemala y el mundo perderían mucho cuando, en un futuro no muy distante, dichas alfareras hubieran desaparecido.

El número de vasijas que producían, según Arrot (1974: 319), era variable y dependía de circunstancias individuales tales como: si las alfareras eran casadas, con esposos e hijos que atender, viudas o tenían familias que mantener, lo que las obligaba a producir más. Las grandes tinajas no se producían mucho porque era un trabajo muy pesado para la fragilidad física de la mayoría de las mujeres.

También, refiere Arrot (Op. Cit.) que, en general, la producción semanal de toda clase de vasija era baja pues, no se trabajaba los domingos. Los jueves era día de mercado en Tecpán y, por lo menos, un día a la semana debía dedicarse a recoger combustible para cocer las vasijas y para proporcionarse el barro en los yacimientos. Una horneada común de una alfarera para mantenerse con su familia incluía de 20 a 25 vasijas y unos tres comales. La mayoría de alfareras de Santa Apolonia, en el decenio de 1970 preferían hacer un gran número de formas para variar su trabajo y trabajaban alrededor de 250 alfareras, “todas muy trabajadoras y expertas”.

Arrot (1979: 320) afirmó que a las vasijas para cocinar le agregaban una preparación en el interior compuesta de una pasta gruesa de talco bien molido, de un tono gris pálido, para darle una superficie de poro cerrado y prevenir que las comidas se pegaran al barro. El fuego para cocer las vasijas se hacía al aire libre con pequeñas ramas de roble o encino,

cubiertas de hierba seca que, de pronto, se convertía en un fuego de grandes llamas, que constituía un tratamiento severo por el ascenso rápido de calor para cualquier vasija de barro. Las piezas debían estar libres de humedad y las alfareras tomaban las máximas precauciones posibles para su secamiento como era el caso de colocarlas colgadas sobre un brasero antes de quemarlas, por unos 4 ó 5 días, para que desapareciera la humedad interna del barro.

Las pérdidas mayores en la quema de las vasijas en el área de Santa Apolonia eran producidas, según Arrot, por los efectos del viento, que provocaban un levantamiento de las llamas y al mismo tiempo, un peligroso baño de aire frío en las vasijas calientes, lo que provocaba que se quebraran. Por ello, la quema se acostumbraba hacer en las primeras horas de la mañana o las últimas de la tarde.

Las alfareras acostumbraban, al terminar la quema y antes de que las vasijas se enfriaran, limpiar completamente de cenizas a las que tenían engobe y después cubrirlas con agua de masa de maíz. Esta agua se evaporaba rápidamente y entonces lo que quedaba se frotaba hasta lograr un pulimento muy atractivo. Las vasijas sin engobe eran regadas cuando estaban calientes. Una regada de agua con escobilla provocaba, según el mismo autor (1979: 322), que pequeños añillos formados del carbón presente, pero no visible sobre la superficie, hicieran su aparición formando las superficies moteadas de negro típicas de la cerámica de Santa Apolonia y que gustaban a las alfareras y a los compradores en el mercado de Tecpán.

Las formas corrientes elaboradas en Santa Apolonia y que observó Arrot (1979: 323) eran la tinajera, la tinaja, la olla, el apaste, la olla tamalera, el brasero, el batidor y el comal. La forma general de la cerámica de Santa Apolonia era globular. Esto hacía que las vasijas fueran prácticas, fuertes y útiles además de resistentes y que su distribución y aceptación fuera amplia. Sus comales eran más hondos que la mayoría de los hechos en otros centros alfareros pero eran los más hermosos de Guatemala, lo cual hacía, según Arrot, que los comerciantes compraran las piezas elaboradas en Santa Apolonia para llevarlas en gran cantidad a mercados situados en la costa suroeste y algunos de la capital, La Antigua Guatemala, Chimaltenango y otras poblaciones.

A mediados de la década de 1970, un equipo de trabajo formado por Félix Castillo, Enrique Martínez, Miguel Álvarez y Fustino Collado

(Castillo et. al. 1977: 245 - 263), estudiaron la cerámica de Santa Apolonia y encontraron que la alfarería seguía conservando las mismas características encontradas por Arrot en 1949. En cuanto a su proceso de elaboración y sus formas, ponían en evidencia su remoto origen prehispánico.

Las mujeres se dedicaban al trabajo de la cerámica y según los datos que obtuvieron, calcularon más de 150 alfareras y, aunque los hombres se dedicaran exclusivamente a las tareas agrícolas, algunos para divertirse y descansar, elaboraban piezas de barro. Los investigadores indicaron que al preparar el barro que molían en piedra de moler maíz se le agregaba arena de río, que era equivalente al tizate que se empleaba en ese entonces en lugares como Totonicapán. No empleaban el torno para modelar el barro sino que giraban alrededor de la pieza que estaban formando, hacia atrás, en sentido contrario a las agujas del reloj, dándole forma a la pieza con el olote y el toque final del exterior. El cuello de la pieza y el borde lo formaban con un trozo de cuero o trapo, afinando los interiores con un pedacito de lata (Castillo et. al. 1976: 251). El procedimiento continuaba siendo el descrito por Arrot.

Consideraban los autores (Op. Cit: 155), que en su elaboración, no existía división del trabajo ni especialización. Eran talleres familiares en donde sólo participaban mujeres y no se observaba trabajo asalariado. Su cerámica era una de las más tradicionales de Guatemala. Las formas tradicionales que ellos encontraron eran: las ollas tamaleras, porrones, chirmoleras, jarros, macetas, incensarios, ollas más pequeñas de forma ovoidal y alcancías. En ese tiempo, don Juan Chonay, agricultor, originario de Santa Apolonia y alfarero, cuando tenía deseos de trabajar el barro, elaboraba floreros con marcada influencia de los de loza vidriada que se elaboraban en Totonicapán y justificaba su producción argumentando que a la "gente le gusta comprar cosas muy adornadas" (Op. Cit: 155). No obstante, en su mayor parte, se seguían conservando los patrones tradicionales de clara raigambre prehispánica.

Según los autores, el aspecto ornamental de la cerámica de Santa Apolonia, se expresaba en su función ornamental, recreativa y doméstica. Los habitantes recurrían, para cubrir sus necesidades cotidianas, tanto a objetos de cerámica como de plástico. En esa época, también se elaboraban por los niños del lugar, que se iniciaban en el aprendizaje del trabajo de alfarería, una gran variedad de juguetes como perritos y palomas.

Las alfareras vendían su producción a los visitantes que llegaban a la población, así como a intermediarios que transportaban estos objetos a grandes centros de mercado o ellos mismos las vendían en el mercado de Tecpán y en el de Chimaltenango. Concluyen los autores (Op. Cit: 257), como ocurre “en otros centros alfareros del país, en Santa Apolonia los objetos de cerámica tienen un precio sumamente bajo”, y que eso se debía a que las alfareras en su mayoría, no tenían la menor idea del valor de su trabajo ni de su producto.

En conclusión, la alfarería de Santa Apolonia tuvo su origen en el período prehispánico. Se trata de una cerámica producida por las mujeres elaborada a mano con instrumentos simples, desarrollados por las mismas alfareras, sin uso de torno y quemada al aire libre. Las alfareras se convertían en el torno en el proceso de la elaboración de la pieza cuando giraban en dirección contrario a las agujas del reloj. Para las alfareras tenía un hondo significado en los aspectos social y económico. En lo social, consideraban los autores (Op. Cit: 259), estaba el aspecto de que mantenían la tradición, cultivando este arte de generación en generación y en lo económico, el hecho de que a pesar de la mala remuneración que les proporcionaba la venta, su cerámica constituía una ayuda importante para el mantenimiento de sus familias.

Análisis de casos



Se determinó que el estudio de casos era la única forma de abordar la complejidad que representa la desaparición de la alfarería de Santa Apolonia. Por esa técnica se pudo entrevistar a las pocas alfareras que aún existen en la población y así conocer las causas por las cuales ha desaparecido dicha artesanía y efectuar entrevistas en el mercado de Tecpán, con el fin de conocer los problemas que plantea su comercialización.

En la población de Santa Apolonia se entrevistó a cuatro alfareras y al hijo de una de ellas. De estas

alfareras sólo dos aún trabajan la cerámica, las otras dos ya no. Una de ellas, se dedica al comercio y la otra a trabajo doméstico. Una de las alfareras que aún se dedican a producir piezas de cerámica, doña Basilia Tamat Buc, fue informante del equipo de Félix Castillo, Enrique Martínez, Miguel Alvarez y Fustino Collado, que investigaron la alfarería de Santa Apolonia a mitad del decenio de 1970. Doña Basilia es la única persona que actualmente está tratando de adaptar su producción a formas nuevas que quizás permitan sobrevivir a esta artesanía.

El sexto informante don Daniel Vásquez Sapón es comerciante de una alfarería ubicada al interior del Mercado de Tecpán, que constituye su negocio propio. En su tienda se distribuyen comales, apastes y ollas, elaboradas en diferentes regiones de Guatemala, principalmente en Totonicapán, San Raymundo y Quiché. Además, el señor Vásquez, es presidente de la asociación de comerciantes del Mercado de Tecpán, condición que lo convirtió en un informante idóneo para conocer las posibilidades comerciales y competitivas actuales de la alfarería de Santa Apolonia.

Pascuala Tamat Buc

Tiene 54 años de edad, es hija de don Raymundo Tamat Martin y de Valeriana Buc, ya fallecidos. Su padre era agricultor y sembraba maíz. Su madre era alfarera y aprendió el oficio por herencia familiar. Doña Pascuala dice que su abuelita le enseñó a su mamá a trabajar el barro porque ella, su abuela, *sabía trabajar ollas bien grandes*. Doña Pascuala



Doña Pascuala Tamat Buc y su hijo Julián Tamat Tamat.

estudió hasta el segundo grado de primaria, afirma que asistió a clases *como cinco años pero como mi cabeza no da, me voy a repetir y a repetir y después solo segundo porque me salí pero aprendí a leer un poquito*. Sabe firmar pero no muy bien, según indicó.

Sus padres procrearon siete hijos, dos murieron, de los que sobreviven, cuatro son mujeres incluyéndola a ella. Doña Pascuala es casada pero ahora tiene cuatro años de estar separada del esposo. Tuvo 4 hijos dos hombres y dos mujeres. De ellos fallecieron dos y solamente le sobreviven un hijo y una hija que ya está casada. Actualmente, doña Pascuala vive con su hijo Julian Tamat Tamat quien es soltero y trabaja como profesor. La casa que habitan es propia porque la recibió de herencia otorgada por uno de sus hermanos. Aparte de la alfarería, también sabe bordar y coser sus propios hüipiles.

En cuanto al conocimiento de la cerámica, su madre le enseñó a trabajarla, cuando tenía siete u ocho años de edad. Aprendió a hacer ollas de todos tamaños. Cuando regresaba de la escuela, le decía: *“Hacé una olla así, aunque sea chiquita para que la llevemos a vender. Hacela, aprendé aunque sea chiquita, pero hacela”* y así fue como aprendí. Desde entonces comenzó a trabajar haciendo ollas pequeñas y, después, más grandes. Actualmente, elabora ollas de distintos tamaños y formas. Las ollas muy grandes no las puede hacer porque pesan mucho para ella. Lo mismo ocurre con las tinajas, porque las grandes son bastante pesadas para modelarlas. Adicional al trabajo de la alfarería, tiene que realizar los quehaceres del hogar, por lo tanto cuando hace las tinajas grandes elabora cuatro o cinco unidades al día. Además, fabrica apastes *para agua chivalera, para tortear, tinajas, incensarios de todas clases, comales de todos tamaños y jarros*, entre otras artesanías.

Informó que el barro lo consigue fuera del pueblo de Santa Apolonia y que no recuerda el nombre del lugar pero es tierra comunal. El barro lo cortan con ayuda de un azadón y lo llevan a casa en forma de terrón, pero algunas veces el barro sale como *pozol* y entonces lo echan en un costal para poderlo transportar. Anteriormente, ella lo transportaba sobre su cabeza pero ahora utiliza un pick-up que alquilan para el transporte.

Para preparar el barro, primero lo aporrea con un palo para deshacer el terrón y se extraen las piedras. Luego, le echan agua para formar la masa. Después que se amasa con las manos, si existieran

algunas *piedrecitas, éstas se sienten porque pican las manos y se van sacando. Cuando hago este oficio, me duelen mis manos y hasta me sangran, pero ya estoy acostumbrada a eso y, después que termino, solo me lavo y me echo una pomada*. Al terminar esta fase del proceso, el barro queda listo para producir los diferentes objetos.

Julian Tamat Tamat

Es hijo de doña Pascuala Tamat, soltero y de profesión maestro de educación primaria y básicos en aldeas cercanas a Santa Apolonia. Por la mañana imparte clases de primaria a alumnos de la Aldea Chipatá y, por la tarde, en el plan básico a alumnos del Instituto las Mejoranas, de la Aldea Xabaj. Su testimonio es muy importante debido a que, aunque no trabaja en la alfarería, conoce todo el proceso de producción que utiliza su madre para fabricar las diferentes piezas que elabora con el barro. Julián tuvo la capacidad para explicar el proceso de la alfarería, adicional a eso, conoce los problemas al interior de su cultura que provoca que muchas personas de la población de Santa Apolonia ya

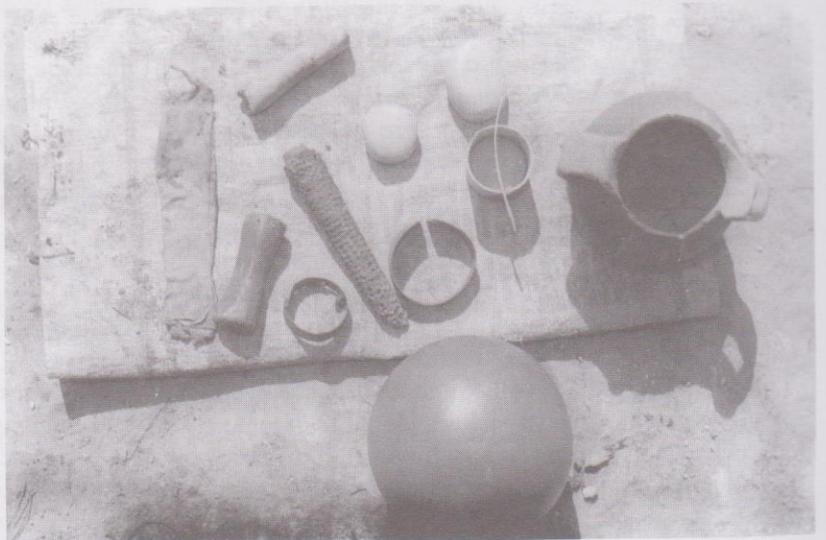


Doña Pascuala modelando un jarro.

no quieran continuar con dicha tradición.

Según Julián, el barro se consigue en un lugar situado como a un kilómetro y medio, conocido con el nombre de *Chuaparral II que es un estiero, o sea que nuestros antepasados no lo tomaron como un terreno privado sino como un estiero. Quiere decir que es comunal y que cualquiera puede ir a sacar barro y nadie le va a decir: "Esto es mío". "Por eso es que el estiero es de todos un poco"* Afirma que, desde que él era pequeño, su madre iba a traer el barro a Chuaparral II. El barro de color rojo se obtiene en *Chichavac*. El barro blanco, lo obtienen en San Lucas Sacatepéquez, aunque anteriormente, se obtenía en un lugar llamado Pacutac que pertenece a la aldea Chiquesh, en el caserío Pacotoj. El barro blanco desapareció en este lugar debido a que la gente, según el informante, no fue a buscarlo, ya que para extraerlo, era necesario hacer galerías en los paredones, pues no está a flor de tierra. Al no trabajar las galerías, se derrumbaron. El barro blanco y el rojo, que es el que se usa para el engobe, se compra.

Según el informante, aún existen fuentes de barro en las aldeas Chipataj, Patzaj y Sheabay en jurisdicción de Santa Apolonia, Chimaltenango. En las aldeas, Parajbe y Shipanil, aún elaboran la alfarería pero sus alfareras, van a buscar el barro a Chuaparral II. En Santa Apolonia, las artesanías las elabora su mamá a mano alzada, sin molde ni torno. Las herramientas que usa son naturales, por ejemplo: *usa un olote para jalar el barro hacia arriba. Luego usa un palito, que puede ser de pino, para alisar la pieza, un hierro circular para raspar las partes gruesas y también unas piedras que parecen como de rayo y que ha recogido en los ríos grandes como el Motagua. Con ella les da el toque final. Para decorar la pieza usa una pluma de gallina, que le sirve como pincel.* Este procedimiento lo aprendió de su abuelita y de su mamá porque esa es la herencia que a ella le dejaron, una piedra que usó desde pequeña. Para usar la piedra, hay que dejar que la pieza seque un poco porque, si seca mucho, no se puede alisar y, si está muy fresca se desmorona. Después que se termina una olla o cualquier otra pieza, se espera a que seque. El secado depende del clima. Si hay sol las piezas secan rápido. Pero si está lloviendo o se



Instrumentos de trabajo que usa doña Pascuala para producir las piezas.

produce mucha humedad, requieren hasta de tres días para el secado previo a la quema.

Para el engobe se prepara una pintura roja que es una mezcla de barro rojo con agua, con la cual se pinta la parte exterior de la olla y, cuando comienza a secar, se alisa con una piedra. Después de



Proceso de alisado de un jarro.



Aplicación del engobe a un jarro.

alisado, se efectúan los dibujos que desee hacerle. Siempre se usa barro blanco para el decorado de las piezas. Según el informante, su madre elabora comales, incensarios, ollas, ollas frijoleras, tinajas para agua, apastes, floreros, braseros y todo lo que le pidan. En una ocasión llegaron unas personas de restaurantes y le hicieron un pedido de platos parecidos a ceniceros que usarían para servir comidas típicas. La madre los fabricó según la muestra que le llevaron.

Para la quema de las piezas de cerámica se usa leña delgada, llamada xicay, y paja. Las piezas se colocan en una tarima similar a un tapesco, sostenida por cuatro palos y está a una altura de metro y medio del suelo, aproximadamente. Se colocan las piezas en forma invertida y, abajo, se quema leña, cuya llama debe alcanzar una altura de un metro entre las ollas y el fuego. Con este procedimiento, las piezas reciben el calor y el humo que va *negreando las ollas porque el humo es la fuerza de las ollas. Entre más humo reciban, son más resistentes. Entre menos humo son más frágiles.*

Si la llama toca directamente a las ollas se quiebran fácilmente. Cuando las ollas se han *negreado* y

la leña se convierte en brasa, se coloca el xicay encima y luego se colocan las piezas directamente sobre las brasas y el xicay, luego se cubren con paja y se tapan. Cuando las ollas están cocidas se tornan rojas, lo que indica que están bien cocidas.

La madre de Julián, además de trabajar a través de pedidos, siempre tiene existencia de piezas para vender. Antes, llevaba sus piezas a vender cada 15 días al mercado de Tecpán, actividad que requería mucho trabajo para su edad. Julián recuerda que *cuando era pequeño, llevaba las ollas en sus brazos porque en camioneta se quebraban y, además, en esos tiempos no había muchas camionetas como ahora. Íbamos caminando hacia Tecpán, también mi papá nos acompañaba. Pero ahora se vende aquí, ya no hay necesidad de ir a vender a Tecpán.* Además, ya no era necesario que produjera tantas piezas, por lo que Julián le indicó que *se calmara, que por no perder la tradición elaborara algo, pero que ella ya no tenía necesidad de hacerlo porque ya no le pueden ayudar a traer el barro.* Julián no puede trabajar el barro porque su madre no le enseñó y *el día y la hora que Dios lo quiera ella fallezca, no habrá quien siga con la tradición y así poco a poco se va perdiendo.* Según



Pascuala decora un jarro con agua de barro blanco.

Julián, la tradición se pierde porque *no se realiza lo nuestro sino lo de otros pueblos y otras veces los culpables son nuestros antepasados o nuestras mamás que no dejan una semilla, como el caso de mi mamá.*

Considera que la tradición de la alfarería se ha perdido *en parte porque no saben valorar lo nuestro, por falta de conocimiento o por ideas negativas hacia la conservación de nuestra cultura. Porque en Santa Apolonia, además de mi mamá, sólo hay otra señora, que vive cerca de la iglesia, llamada Basilia, que es alfarera y aún trabaja. Por lo demás ya solo en dos aldeas Xepanil y Parajvey, es donde trabajan la alfarería. Según el informante, en dichas aldeas elaboran ollas, comales de todos tamaños y trabajos en miniatura.*

Para Julián, el patrimonio de Santa Apolonia, que consiste en las ollas, se está perdiendo y también las costumbres. A muchas personas les da vergüenza ir con una tinaja sobre la cabeza porque prefieren el plástico y consideran las de barro pasadas de moda. Dice Julián que la propia ignorancia hace que se pierda la costumbre de la tradición en Santa



Isabel Tamat Buc, muestra la alfarería que comercializa.

Apolonia. Todo está cambiando, ahora ya se usa microhondas, hornos. Al comal de barro prefieren el de metal, porque el de barro es más frágil y, en cambio, el de metal se hunde y con un martillazo se endereza, en cambio el de barro: un leñazo encima y se acabó. El comal de metal representa economía por la durabilidad. Y todo esto por falta de conocimiento, porque si uno valora lo que es de uno, uno lo pinta y lo conserva. En las casas ya no se les inculca a los niños nuestros valores, entonces estos niños van creciendo y se continuará perdiendo lo nuestro. La escuela no puede hacer mucho por conservar los valores tradicionales porque en la casa no ayudan los padres a inculcarles lo que es el valor del patrimonio de Santa Apolonia.

La cultura se está perdiendo en el hogar, en la propia familia porque no se hace conciencia de volver a la identidad. Aunque la escuela trate de dar historia, identidad, todo se pierde en la casa. El conocimiento debe empezar de abajo hacia arriba, desde el hogar porque ya ni el idioma les quieren enseñar a los niños. Los padres dicen: "¿Para qué sirve eso?". Por ejemplo: en la escuela, para un día de la Madre quisimos sacar un baile de un son. Pero los alumnos dijeron: "¿Para qué? mejor saquemos uno con la música de Pedro el Escamoso". Julián dice que son los maestros los indicados de inculcar a los alumnos la importancia de las artesanías y, según él, eso es lo primero que hacen. De primero tenemos que saber qué somos nosotros, para saber la historia de otras personas. Pero al maestro le cuesta cambiar las mentes de los niños porque en el hogar les dicen: "Bueno vos sos niño jugás esto y vos sos mujer, jugas esto. Entonces el maestro encuentra un choque entre el conocimiento que trae el niño y lo que aprende en la escuela.

Isabel Tamat Buc

Es hermana menor de Pascuala Tamat, soltera, no sabe leer ni escribir. Su mamá le enseñó a trabajar el barro cuando tenía ocho años. Doña Isabel trabaja muy poco el barro, sólo cuando tiene tiempo y únicamente hace ollas y comales. El barro lo consigue en las aldeas, porque solo hay un lugar en el municipio para sacar barro. Quema las piezas en el patio de su casa y usa como combustible leña de pino, xicay y paja. Aplica la misma técnica de su hermana Pascuala. Las piezas las lleva a vender al mercado de Tecpán dos veces a la semana los jueves de 6:00 a 12:00 horas. También aprovecha a vender algunos comales que ha hecho con el barro de la región.

Actualmente no está trabajando la alfarería y se dedica al comercio. Vende leña, carbón y piezas de cerámica, tales como ollas para frijoles, escudillas y comales que compra en la ciudad de Guatemala, en la Terminal en la zona 4. Según indicó, la gente de Santa Apolonia no quiere comprar lo que se produce en el pueblo porque los comales salen gruesos, cuesta que calienten y las tortillas se cuecen más despacio, lo que implica más inversión de leña. En comparación, los comales de San Juan Sacatepéquez son más delgados y, con poca leña, calientan rápido.

Los comales que se fabrican con el barro de Santa Apolonia no pueden ser más delgados porque al ponerlos al fuego, se rajarían. Según indicó, en Santa Apolonia se vende muy poco cualquier tipo de artesanías. También indicó que, aparte de ella y de su hermana Pascuala, en la población sólo hay dos mujeres más que trabajan la alfarería y que son: doña Carlota, que vive en las inmediaciones de la librería, que dista de la plaza cuatro cuadras, y doña Basilia que vive cerca de la iglesia.

Basilia Tamat Buc

Alfarera destacada de Santa Apolonia, es la única persona que aún trabaja la alfarería de las que entrevistaron a mediados del decenio de 1970 Félix Castillo y su equipo de trabajo. Tiene 60 años de edad. Es originaria de Santa Apolonia. Tiene los mismos apellidos que doña Pascuala pero no son parientes. Es viuda, nunca fue a la escuela, tuvo

12 hijos de los cuales le sobreviven 4, tres mujeres y un hombre. Sus hijos aprendieron a trabajar el barro pero no se dedican a esa artesanía. La única que tiene la habilidad actualmente para trabajarla es su hija Elena Chonay Tamat, quien vive con ella.

Doña Basilia aprendió el oficio de su mamá. Aprendió la técnica cuando tenía 15 años de edad. Esta actividad era una herencia de la familia y, además, sabe bordar, actividad que también aprendió de su madre. Para elaborar las artesanías con el barro, ella lo consigue en un terreno de su propiedad. El barro rojo y blanco, que usa para el engobe, lo compra. Elabora ollas para cocer nixtamal, para cocer frijoles y braseros que cumplen la función de calentadores. También fabrica muy pocas ollas y, casi siempre las fabrica por pedido que le hacen algunas personas de la capital.

Lo que más produce son los calentadores, unas tinajas en forma ovoide con aberturas laterales en forma de ojos, nariz, orejas y boca. En el interior se le colocan brasas y sirven para calentar las habitaciones. Solo los fabrica por encargos. El diseño se lo trajo una señora dibujado en un papel. Ella es la única alfarera de Santa Apolonia que tiene un mercado fijo con la fabricación de los calentadores. Además tiene la posibilidad de sobrevivir con su artesanía por el hecho de estar adaptándose a un mercado de consumo, aunque los diseños de sus productos no son los tradicionales de Santa Apolonia. Antiguamente, vendía su producción en el mercado de Tecpán, pero ahora ya no lo hace porque solamente trabaja por encargo. Actualmente, son las alfareras de las aldeas



Basilia Tamat Buc, muestra a la investigadora uno de los calentadores que produce.

de Santa Apolonia las que venden sus productos tradicionales en el mercado de Tecpán.

Elena Chonay Tamat

Es hija de doña Basilia Tamat Buc. Tiene 32 años de edad. Estudió hasta el segundo grado de primaria. Su madre le enseñó el oficio de alfarería y también a bordar. Ahora no trabaja el barro porque realiza oficios domésticos en una casa de la localidad y recibe un salario de Q 300.00 al mes. De los hijos vivos de doña Basilia, Elena es la única que domina el arte de trabajar el barro. Sus hermanos aunque aprendieron no lo dominan.



Elena Chonay Tamat, muestra uno de los calentadores que produce su madre.

de Jalapa, Totonicapán, Quiché y San Luis Jilotepeque. En cuanto a los comales, el que más se vende en toda Guatemala es el de San Raymundo y, en segundo lugar, el de San Juan Sacatepéquez, por la calidad del barro, que permite fabricarlos delgados y poco quebradizos.

Daniel Vásquez Sapón

Es originario de Totonicapán, tiene 57 años de edad. Es casado. Con su esposa procrearon 12 hijos, ocho de los cuales aún viven. No fue a la escuela, pero sabe leer y escribir. Actualmente es presidente de la Asociación de Comerciantes del Mercado Municipal de Tecpán.

Según don Daniel, la mayoría de la alfarería que se vende en el mercado de Tecpán, es originaria

Según el informante, la artesanía de Santa Apolonia, no es un producto competitivo en el mercado, por la *mala calidad* del barro que se utiliza para su elaboración. Santa Apolonia presenta muchos problemas para tener una producción alfarera aceptable tales como: 1) No cuenta con tierras suficientes para conseguir barro de buena calidad. 2) La quema al aire libre requiere mucha madera



Daniel Vásquez Sapón, comerciante del mercado municipal de Tecpán, Chimaltenango.



Don Daniel, muestra a la investigadora un comal de San Raymundo, Guatemala.

y no se consigue leña. 3) Después de la firma de los Acuerdos de Paz, muchas personas que se dedicaban a la alfarería en la población emigraron al extranjero y, otras, con la introducción de la maquila en la región, se dedicaron a trabajar en ellas y abandonaron la alfarería, porque los salarios que devengaban en dichos lugares eran más altos que los provenientes de las artesanías.

En la actualidad, el producto que se vende en el mercado de Tecpán proveniente de las aldeas de Santa Apolonia cuenta solamente con un nivel de competencia: se vende a un precio más bajo que el que llega de otras regiones del país.

Análisis y conclusiones



Esta investigación se realizó con el fin de conocer, en qué condiciones de desarrollo se encuentra la alfarería de Santa Apolonia y vislumbrar la posibilidad de su rescate. Para ello se realizó un censo de productores, el inventario de producción y el mercado. Con el propósito de efectuar publicaciones sobre su origen y evolución, conocer las técnicas de producción, promover exposiciones venta para encontrar nuevos mercados a los productos tradicionales y tratar de estimular adaptaciones que permitiesen su evolución comercial.

La realidad de las investigaciones ha demostrado que es demasiado tarde para tratar de promover las expectativas anteriormente planteadas ante su desaparición y las posibles soluciones para su rescate. El estado actual de dicha artesanía demuestra que casi ha desaparecido de la población de Santa Apolonia. Sólo existen tres alfareras produciendo actualmente, quienes no han logrado incentivar a sus descendientes para continuar la tradición. Del resto de alfareras que existían en la población, algunas han emigrado al extranjero y otras se dedicaron a trabajar en las maquilas, por ser más remunerable su trabajo en comparación con la alfarería. También se nota un rechazo a ese oficio al interior de las creencias culturales de la población.

Actualmente, las alfareras que aún continúan con ese oficio en la población de Santa Apolonia son: 1) Pascuala Tamat Buc, quien se dedica plenamente a dicho oficio. 2) Isabel Tamat Buc, quien ocasionalmente, produce algunas piezas porque su oficio primario es comercializar alfarería, carbón y leña. 3) Basilia Tamat Buc, quien se dedica totalmente a la alfarería, pero ha dejado de producir piezas tradicionales para elaborar calentadores, los cuales fabrica por pedidos, con diseños desarrollados en la ciudad capital.

Al realizar un inventario de la producción, se encontró que las dos primeras alfareras mencionadas anteriormente, producen apastes de toda clase: ollas para agua chivalera, tinajas, incensarios, ollas para cocer frijoles, jarros y braseros. La última

alfarera produce calentadores con estilos modernos y algunos tipos de ollas tradicionales que elabora a través de pedidos. Las tres alfareras venden sus productos sólo por pedidos. La única excepción es doña Pascuala que mantiene algunos ejemplares tradicionales para vender a personas que llegan a su casa a buscarlas y algunos visitantes que aparecen ocasionalmente.

La alfarería de Santa Apolonia casi ha desaparecido, debido a la mala calidad del barro, a la escasez del mismo, a problemas en la obtención de la leña para la quema, a lo quebradizo de su cerámica, al esfuerzo que requiere para las alfareras modelar las piezas en el suelo sin usar torno, la dificultad para conseguir los materiales para generar el fuego y el esfuerzo físico que se requiere para conseguir y preparar el barro, el cual representa peligro de quedar soterrado al extraerlo de su yacimiento.

Es muy difícil encontrar, actualmente, posibles soluciones para su supervivencia y desarrollo, debido a que las alfareras existentes no han adiestrado a muchachas jóvenes que puedan continuar con la tradición. Además, la alfarería tampoco es una fuente atractiva de ganancias, por lo que prefieren vender su mano de obra como asalariadas en las maquilas, por un trabajo con horario establecido y que representa menos esfuerzo y riesgos que el oficio de alfarera.

Para salvar dicha alfarería se requeriría de un adiestramiento de las productoras para mejorar las técnicas de trabajo, conseguir barro de mejor calidad y crear innovaciones en las formas a producir, que les permita competir en el mercado turístico y nacional. Esto requeriría de una fuerte inversión financiera y de la creación de talleres en la población de Santa Apolonia, para adiestrar jovencitas interesadas en dicho oficio. Además, es necesario efectuar estudios de mercado y captar posibles compradores para situar las formas y estilos de las piezas a producir y, que por su calidad y precio, sean competitivas en el mercado.

Para finalizar, es lamentable que una artesanía de la que se pierde su origen en el período prehispánico, que tuvo gran relevancia durante todo el período colonial y que llegó hasta nuestros días, se encuentre, por todas las razones expuestas anteriormente, en peligro de total desaparición, en un plazo de cinco a diez años, dependiendo del tiempo en que las actuales alfareras, mujeres adultas mayores, por alcanzar una edad avanzada

o enfermedad, no puedan continuar practicando su ancestral oficio y no tener descendientes para que continúen la tradición.

Bibliografía



- Arrot, Charles
1977 "La cerámica moderna hecha a mano en Santa Apolonia". En **Tradiciones de Guatemala** No. 8 Guatemala, Centro de Estudios Folklóricos, USAC.
- Catillo, Félix Et. Al.
1976 "La alfarería de Santa Apolonia, Chimaltenango". En **Tradiciones de Guatemala** No. 5 Guatemala, Centro de Estudios Folklóricos, USAC.
- Cortés y Larraz, Pedro
1958 "**Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala**" Biblioteca Goathemala, Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala Volumen XX, dos Tomos, Tipografía Nacional, Guatemala.
- Gall, Francis (Compilador)
1983 **Diccionario Geográfico de Guatemala**. Guatemala. Tipografía Nacional.
- Rodríguez Rouanet, Francisco
1990 **Distribución Geográfica de las Artesanías de Guatemala**. Guatemala, Subcentro Regional de Artesanías y Artes Populares, Colección Tierra Adentro No. 9.
2001 **Diccionario Municipal de Guatemala**. Guatemala, Instituto de Estudios y Capacitación Cívica.



Avenida La Reforma
0-09, zona 10
Tel: 2361 9260
Tel/fax: 2331 9171 y 2360 3952

Director

Celso A. Lara Figueroa

Asistente de la dirección

Arturo Matas Oria

Investigadores titulares

Celso A. Lara Figueroa

Alfonso Arrivillaga Cortés

Carlos René García Escobar

Aracely Esquivel Vásquez

Armantina Artemis Torres Valenzuela

Investigador musicólogo

Enrique Anleu Díaz

Investigadores interinos

Anibal Chajón Flores

Fernando Urquiza

Matthias Stöckli

Medios audiovisuales

Jairo Gamaliel Cholotio Corea

Edición y divulgación

Guillermo Alfredo Vásquez González

Centro de documentación

Miguel Esaú Girón Hernández

Diseño de cubiertas e interiores

Melisa Larín y Olga Vanegas

Diagramación de interiores y montaje de cubiertas

Julio Urquiza

Ilustración de cubierta

Enrique Anleu Díaz

Fotografía de Interiores

Jairo Cholotio Corea